

www.alfaguara.santillana.es
Empieza a leer... Viaje a Portugal

VIAJE A PORTUGAL

JOSÉ SARAMAGO

Presentación

Malo es que una obra precise un prólogo que la explique, malo es también que un prólogo presuma de tanto. Acordemos, pues, que esto no es un prólogo sino aviso simple o prevención, como aquel recado último que el viajero, en el umbral y puestos ya los ojos en el horizonte próximo, deja aún a quien quedó cuidándole las flores. Diferencia, si la hay, es no ser éste el aviso último, sino el primero. Y no habrá otro.

Resígnese, pues, el lector a no disponer de este libro como una guía vulgar, o un rutero que se lleva en mano, o catálogo general. A las páginas que siguen no hay que recurrir como agencia de viajes o escaparate turístico: el autor no ha venido a dar consejos, aunque sobreabunde en opiniones. Verdad es que se hallarán los lugares selectos del paisaje y del arte, la faz natural o transformada de la tierra portuguesa: pero no se impondrá forzosamente un itinerario, ni se orientará hábilmente, sólo porque las conveniencias y los hábitos acabaron por hacerlo obligatorio, a quien de su casa sale para conocer lo que hay fuera. Sin duda, el autor fue a donde siempre va, pero fue también a donde no se va casi nunca.

¿Qué es, en definitiva, un libro que un prólogo pueda anunciar con alguna utilidad, aunque no sea inmediata en primer entendimiento? Este *Viaje a Portugal* es una historia. Historia de un viajero en el interior del viaje que hizo, historia de un viaje que en sí transportó a un viajero, historia de viajero y viaje reunidos en una intencionada fusión de aquel que ve y de aquello que es visto, encuentro no siempre pacífico de subjetividades y objetividades. En consecuencia: choque y adecuación, reconocimiento y descubierta, confir-

mación y sorpresa. El viajero viajó por su país. Esto significa que viajó por dentro de sí mismo, por la cultura que lo formó y está formando, significa que fue, durante muchas semanas, un espejo que refleja imágenes exteriores, una vidriera transparente que luces y sombras atravesaron, una placa sensible que registró, en tránsito y proceso, las impresiones, las voces, el murmullo infinito de un pueblo.

He ahí lo que este libro quiso ser. He ahí lo que el autor supone haber conseguido un poco. Tome el lector las páginas siguientes como reto y como invitación. Viaje según su proyecto propio, dé mínimos oídos a la facilidad de los itinerarios cómodos y de rastro pisado, acepte equivocarse en la carretera y volver atrás, o, al contrario, persevere hasta inventar salidas desacostumbradas al mundo. No tendrá mejor viaje. Y, si se lo pide la sensibilidad, registre a su vez lo que vio y sintió, lo que dijo u oyó decir. En fin, tome este libro como ejemplo, nunca como modelo. La felicidad, sépalo el lector, tiene muchos rostros. Viajar es, probablemente, uno de ellos. Entregue sus flores a quien sepa cuidar de ellas, y empiece. O reempiece. Ningún viaje es definitivo.

De Nordeste a Noroeste,
duro y dorado

EL SERMÓN A LOS PECES

Nunca tal se vio en memoria de guardia de frontera. Éste es el primer viajero que en medio del camino para el automóvil, tiene el motor ya en Portugal, pero no el depósito de gasolina, que aún está en España, y él mismo se asoma al pretil en aquel centímetro exacto por donde pasa la invisible línea de la frontera. Entonces, sobre las aguas oscuras y profundas, entre los altos escarpes que van doblando los ecos, se oye la voz del viajero predicando a los peces del río:

«Venid acá, peces, vosotros, los de la margen derecha, que estáis en el río Douro, y vosotros, los de la margen izquierda, que estáis en el río Duero, venid acá todos y decidme cuál es la lengua en que habláis cuando ahí abajo cruzáis las acuáticas aduanas, y si también ahí tenéis pasaportes y sellos para entrar y salir. Aquí estoy yo, mirándoos desde lo alto de este embalse, y vosotros a mí, peces que vivís en esas confundidas aguas, que tan pronto estáis en una orilla como en otra, en gran hermandad de peces que unos a otros sólo se comen por necesidades de hambre y no por enfados de patria. Me dais vosotros, peces, una clara lección, ojalá no la olvide yo al segundo paso de este viaje mío a Portugal, a saber: que de tierra en tierra deberé prestar mucha atención a lo que sea igual y a lo que sea diferente, aunque dejando a salvo, que humano es y entre vosotros igualmente se practica, las preferencias y las simpatías de este viajero, que no está ligado a obligaciones de amor universal, ni nadie le ha pe-

dido que lo esté. De vosotros, en fin, me despido, peces, hasta un día; seguid a lo vuestro mientras no asomen por ahí pescadores, nadad felices, y deseadme buen viaje, adiós, adiós.»

Buen milagro fue éste para comenzar. Una brisa súbita encrespó las aguas, o habrá sido el rebullicio de los peces sumergiéndose, y apenas se ha callado el viajero no había más que ver que el río y sus orillas, ni más que oír que el murmullo adormecido del motor. Ése es el fallo de los milagros: que duran poco. Pero el viajero no es taumaturgo de profesión, milagrea por accidente, por eso va ya resignado cuando vuelve al automóvil. Sabe que va a entrar en un país abundante en fastos de lo sobrenatural, del que es señalado e inmediato ejemplo esta primera ciudad de Portugal por donde ya va entrando con su calma de viajero minucioso y que se llama Miranda do Douro. Ha de recoger pues con modestia sus propias veleidades, y decidirse a aprenderlo todo. Los milagros y el resto.

Esta tarde es de octubre. El viajero abre la ventana de la habitación donde pasará la noche y, ya con el primer vistazo, descubre o reconoce que es persona de mucha suerte. Podía tener enfrente un muro, un cantero mezzuino, un patio con ropa tendida, y se contentaría con esa utilidad, esa decadencia, ese tendedero. Pero lo que ve es la pedregosa margen española del Duero, de tan dura sustancia que apenas pueden los matojos hincarle el diente, y como la suerte nunca viene sola, está el sol de manera que la escarpada pared es un enorme cuadro abstracto en diversos tonos de amarillo, y dan ganas de quedarse aquí mientras haya luz. En este momento no sabe aún el viajero que unos días más tarde va a estar en Braganza, en el Museo del Abade de Baçal, mirando la misma piedra y tal vez los mismos amarillos, ahora en un cuadro de Dordio Gomes. Sin duda puede mover la cabeza y murmurar: «Qué pequeño es el mundo...».

En Miranda do Douro, por ejemplo, nadie sería capaz de perderse. Baja la Rua da Costanilha, con sus casas del siglo XV, y apenas nos damos cuenta y pasamos una puerta de la muralla y estamos fuera de la ciudad mirando los grandes valles que hacia poniente se extienden. Nos cubre un gran silencio medieval: qué tiempo es éste, y qué gente. A uno de los lados de la puerta está un grupo de mujeres, todas vestidas de negro, hablan en voz baja, ninguna es joven, la mayoría de ellas, probablemente, ni recuerdan haberlo sido. El viajero lleva al hombro, como corresponde, la máquina fotográfica, pero se avergüenza, aún no está habituado a las osadías a que los viajeros acostumbran, y por eso no quedó memoria de retrato de aquellas sombrías mujeres que están hablando allí desde el principio del mundo. El viajero permanece melancólico y augura mal final al viaje que así empieza. Cayó en meditación, felizmente por poco tiempo: allí cerca, fuera de las murallas, suena estruendoso el motor de un *bull-dozer*, había obras de explanación para una nueva carretera: es el progreso a las puertas de la Edad Media.

Vuelve a subir la Costanilha, se desvía por otras calladas y variadísimas calles, nadie en las ventanas, descubre señales de viejos rencores vueltos hacia España, canecillos obscenos tallados en buena piedra cuatrocentista. Da ganas de reír esta saludable escatología que no teme ofender a los ojos de los niños ni a los aburridos defensores de la moral. En quinientos años nadie se acordó de mandar picar o desmontar la insolencia, prueba inesperada de que el portugués no es ajeno al humor, salvo si sólo lo entiende cuando sirve a sus patriotismos. No se aprendió aquí con la fraternidad de los peces del Duero, pero tal vez haya buenas razones para ello. Al fin y al cabo, si los poderes celestiales favorecieron un día a los portugueses contra los españoles, mal parecería que los humanos de este lado pasaran por encima de las intervenciones de lo alto y las desautorizaran. El caso se cuenta brevemente.

Andaban encendidas las luchas de la Restauración*, mediado, pues, el siglo XVII, y Miranda do Douro, aquí a la orilla del Duero, estaba, por así decir, a un salto de pulga de las acometidas del enemigo. Había cerco, el hambre era ya mucha, los sitiados decaían y, en fin, estaba Miranda perdida. Pero he ahí, esto es lo que se cuenta, que aparece un niño gritando «¡A las armas!», infundiendo ánimo y valor donde valor y ánimo desfallecían, y de tal modo que al punto se alzan todas aquellas debilidades y desalientos, toman armas verdaderas o inventadas, y tras el infante se van contra los españoles como quien maja en centeno verde. Vense desbaratados los sitiadores, triunfa Miranda do Douro, queda escrita otra página en los anales de la guerra. Pero ¿dónde está el jefe de ese ejército?, ¿dónde está el gentil combatiente que cambió la peonza por el bastón de mariscal? No está, no se encuentra, nadie ha vuelto a verlo más. Milagro, dicen los mirandeses. Luego, fue el Niño Jesús.

El viajero lo confirma. Si ha sido capaz de hablarles a los peces y ellos capaces de escucharle, no tiene ahora motivo alguno para desconfiar de antiguas estrategias. Tanto más cuanto que, aquí está él, el Niño Jesús da Cartolinha, con su altura de dos cuartas, al cinto la espada de plata, la faja roja atravesándolo del hombro al costado, lazo blanco al cuello, y el gorro en lo alto de su redonda cabeza de chiquillo. No es éste el uniforme de la victoria, sólo uno de los de su comfortable guardarropa, completo y constantemente puesto al día, como al viajero le va mostrando el sacristán de la catedral. Es sabedor de su menester de guía este sacristán; viendo la minuciosa atención del viajero, lo lleva a una dependencia lateral donde hay recogidas diversas piezas de estatuaría, defendiéndolas así de las tentaciones de los cacos de oficio y ocasión. Ahí se confirman las

* Las luchas de la Restauración se inician el 1 de diciembre de 1640 con el levantamiento contra los reyes de España. Portugal, que desde 1580 formó parte de la corona española, recobró su independencia tras una larga guerra (1640-1668).

cosas. Una pequeña tabla, esculpida en altorrelieve, acaba de convencer al viajero de su propia incipiente en materia de milagros. He ahí a San Antonio recibiendo la genuflexión de una oveja, que da así ejemplar lección de fe al pastor incrédulo que se había reído del santo y allí, en la escultura, evidentemente, se muestra corrido de vergüenza y por eso tal vez aún merecedor de salvación. Dice el sacristán que mucha gente habla de esta tabla, pero que pocos la conocen. Excusado decir que el viajero no cabe en sí de vanidad. Vino de tan lejos, sin recomendación de nadie, y sólo por tener cara de buena persona lo han admitido al reconocimiento de estos secretos.

Va este viaje en sus comienzos y, siendo el viajero escrupuloso como es, aquí le muerde el primer sobresalto. En definitiva, ¿qué viajar es éste? Dar una vuelta por esta ciudad de Miranda do Douro, por esta catedral, por este sacristán, por este sombrerito y esta oveja y, hecho esto, marcar con una cruz el mapa, echarse de nuevo al camino y decir, como el barbero mientras sacude la toalla: «El siguiente». Viajar debería ser cosa de otro concierto, estar más y andar menos, tal vez incluso debiera instituirse la profesión de viajero sólo para gente de mucha vocación, que mucho se engaña quien piense que sería trabajo de pequeña responsabilidad, cada kilómetro no vale menos de un año de vida. Luchando con estas filosofías, acaba el viajero por quedarse dormido, y cuando de mañana despierta, ahí está la piedra amarilla, es el destino de las piedras, siempre en el mismo sitio, salvo si viene el pintor y la lleva en el corazón.

A la salida de Miranda do Douro, va el viajero aguzando la observación para que nada se pierda o algo se aproveche, y por eso ha reparado en un pequeño río que por aquí pasa. Ahora bien, los ríos tienen nombre y a éste, tan próximo a juntarse con el abundoso Duero, ¿qué nombre le habrán puesto? Quien no sabe, pregunta, y quien pregunta tiene a veces respuesta: «Perdone usted, ¿cómo se

llama este río?» «Este río se llama Fresno.» «¿Fresno?» «Sí, señor. Fresno.» «Pero fresno es una palabra española; en portugués es *freixo*. ¿Por qué no le llaman río Freixo?» «¡Ah!, eso sí que no lo sé. Siempre he oído llamarlo así.» A fin de cuentas, tanta lucha contra los españoles, tanto atrevimiento en los canecillos de las casas, y hasta ayudas del Niño Jesús, y aquí está este Fresno, oculto entre márgenes amenas, riéndose del patriotismo del viajero. Se acuerda él de los peces, del sermón que les hizo, se distrae un poco en estas memorias, y está ya cerca de la aldea de Malhadas cuando se le enciende el espíritu: «¿Quién sabe si eso de fresno no será también palabra del dialecto mirandés?». Lleva idea de hacer la pregunta, pero luego se olvida, y cuando mucho más tarde le vuelve la duda, decide que el caso no tiene importancia. Al menos para su uso, ha pasado fresno a ser portugués.

Malhadas queda un poco desviada de la carretera principal, de la que sigue hacia Braganza. Aquí cerca hay restos de una vía romana que el viajero no va a buscar. Pero cuando de ella les habla a un labrador y una labradora a quienes encuentra a la entrada de la aldea, le responden: «¡Ah! Eso es la carretera de los moros». Pues sea la carretera de los moros. Ahora, lo que el viajero quiere saber es el porqué y el cómo de ese tractor del que el labrador baja con la familiaridad de quien usa cosa suya. «Tengo poca tierra. Me sobra para mí. De vez en cuando lo alquilo a los vecinos, y así vamos tirando.» Quedan los tres allí de charla, hablando de las dificultades de quien tiene hijos que mantener, y es patente que pronto habrá uno más. Cuando el viajero dice que va hasta Vimioso y que volverá luego a pasar por aquí, la campesina, sin tener que pedirle licencia al marido, lo invita: «Vivimos en esa casa, venga a comer con nosotros», y bien se ve que lo hace de verdad, que lo poco o lo mucho que en la olla esté, será dividido en partes desiguales, porque es más que seguro que el viajero vería en su plato la parte mejor y mayor. El via-

jero da las gracias y dice que será otro día. Se va el tractor, se recoge en casa la mujer: «Son unos pajares», había dicho ella, y el viajero da una vuelta por la aldea, apenas llega a darla, porque, de pronto, aparece ante él una gigantesca tortuga negra, es la iglesia del lugar, de grosísimas paredes, con enormes contrafuertes de refuerzo que son las patas del animal. En el siglo XIII, y en estas tierras de Trás-os-Montes, no debían de saber mucho de resistencia de materiales, o quizá el constructor era hombre desconfiado de las seguridades del mundo y resolvió edificar para la eternidad. El viajero entró y vio, fue al campanario y al tejado y desde allí paseó los ojos alrededor, un poco intrigado por una tierra transmontana que no se derrumba en los valles y precipicios abruptos que la imaginación le prepara. Al fin, cada cosa a su tiempo, esto es una meseta, no debe el viajero reñir con su fantasía, tanto más cuanto que tan útil le fue para hacer de la iglesia tortuga, sólo quien allá vaya sabrá hasta qué punto es justa y rigurosa la comparación. Dos leguas más allá está Caçarelhos. Aquí dice Camilo Castelo Branco* que nació su Calisto Elói de Silos y Benevides de Barbuda, mayorazgo de Agra de Freimás, héroe rústico y glotón de *A Queda Dum Anjo*, novela de mucha risa y alguna melancolía. Considera el viajero que el dicho Camilo no escapa a la censura que ácidamente profirió contra Francisco Manuel do Nascimento, acusado éste de chancearse con Samardá, como antes otros lo habían hecho con Maças de D. María, Ranhados o Cucujães. Juntando Elói a Caçarelhos, ridiculizó a Caçarelhos, o quizá sea esto defecto de nuestro espíritu, por creer que es la culpa de las tierras y no de quien en ellas nace. La manzana cría bichos por propia condición y do-

* Camilo Castelo Branco (1826-1890), figura notabilísima de la narrativa portuguesa entre el romanticismo y el realismo. Vivió apasionadamente, entre escándalos sentimentales y crisis de pobreza, enfrentado a la burguesía comercial de Porto. Folletinista a la manera de Dumas e incluso de Balzac, nos dejó una obra amplísima: 262 obras.

lencia del manzano y no por maldad del terruño. Quede, pues, dicho, que esta aldea no sufre de peor maldad que la distancia, aquí en este culo del mundo, y no es probable que su nombre tenga nada que ver con lo que en Minho se dice: los de Caçarelhos son unos chismosos, incapaces de guardar secretos. Los suyos tendrá Caçarelhos: al viajero nadie se los contó cuando atravesaba el campo de la feria, que hoy es día de comprar y vender ganado, estos bellos bueyes color de miel, ojos que son como salvadoras boyas de ternura, y los labios blancos de nieve, rumiando en paz y serenidad mientras un hilo de baba cae lentamente, todo esto bajo una selva de liras, que son las córneas armazones, cajas de resonancia naturales del mugido que, de tiempo en tiempo, se alza de aquel concilio. Ciertamente, hay secretos en esto, pero no de esos que las palabras pueden contar. Más fácil es contar dinero, tantos billetes por este buey, lléveselo, verá cómo no se arrepiente. Los castaños están cubiertos de erizos, tantos que recuerdan bandadas de pardillos verdes que en estas ramas se hubieran posado a ganar fuerzas para las grandes migraciones. El viajero es un sentimental. Para el coche, arranca un erizo, es un recuerdo sencillo para muchos meses, ya el erizo se ha resecado, y cogerlo es volver a ver el gran castaño del borde de la carretera, notar el aire vivísimo de la mañana, tanto cabe, en definitiva, en una campestre promesa de castaña.

Va la carretera en curvas descendiendo hacia Vimioso, y el viajero contento murmura: «Qué hermoso día». Hay nubes en el cielo, de esas nubes sueltas y blancas que pasean por el campo sombras dispersas, corre un punto de viento leve, parece que el mundo acabe de nacer. Vimioso está construido en una ladera suave, es villa sosegada, esto es lo que le parece al viajero de paso, que no va a demorarse en ella, sólo el tiempo de pedirle información a esta mujer. Y aquí registrará la primera desilusión. Tan amable estaba siendo la informante, hasta dispuesta parecía a dar-

se una vuelta por los barrios para mostrarle al viajero las rarezas locales, y, en definitiva, lo que quería era venderle unas toallas artesanas. No se lo tomemos a mal, pero el viajero se mantiene en sus principios y cree que el mundo no tiene otra cosa que hacer más que darle informaciones. Por una calle abajo fue descendiendo, y allá en el fondo tuvo el premio. Ciertamente es que a sus ojos, deshabitados de sacras arquitecturas rurales, todo gana fácilmente fuera de maravilla, pero no es pequeño placer el dar con estos contrastes entre fachadas seiscentistas, robustas, pero ya con las primeras señales de la frialdad barroca, y el interior de la nave, baja y amplia, con una atmósfera románica que ningún elemento arquitectónico confirma. Con todo, no es éste el verdadero premio. A la sombra de los árboles, aquí fuera, sentado en los peldaños que dan acceso al atrio, el viajero oye contar una historia sobre la construcción del templo. Bajo condición de tener capilla privativa, cierta familia ofreció una yunta de bueyes para acarrear la piedra destinada a alzar la iglesia. Dos años se pasaron los buyecillos en este esfuerzo, tan contados los pasos sobre la cantera y el cobertizo de los albañiles que al fin era sólo cargar el carro, decir «¡hala!», y los animales se encargaban de ir y venir sin boyero ni guardador, atronando aquellos yermos con el gemir de los cubos mal ensebados, en grandes charlas sobre la presunción de los hombres y las familias. Quiso el viajero saber qué capilla es ésta y si hay aún descendientes que gocen del usufructo. No se lo supieron decir. Allá dentro no vio señales particulares de distinción, pero puede que aún existan. Queda el cuento ejemplar de una familia que de sí misma nada dio, salvo los bueyes, encargados de abrir, con gran fatiga, el camino que habría de llevar a sus amos al paraíso.

Vuelve el viajero sobre sus pasos, distraído del camino que ya conoce. En Malhadas le viene la tentación de reclamar el almuerzo ofrecido, pero tiene sus propias cortedades, aun sabiendo que de ellas va a acabar arrepintiéndose.

se. En la población de Duas Igrejas es donde viven los *pauliteiros* danzarines. De éstos, nada acabará sabiendo el viajero, que no son horas de andar los bailarines paulitando por las calles. Demostrado queda que el viajero tiene también derecho a sus imaginaciones, y en esto de los *pauliteiros* no es de hoy ni de ayer el que piense que más bella y fragorosa danza sería si en vez de los palitos batieran y cruzaran los hombres sables o dagas. Entonces, sí, tendría el Niño Jesús da Cartolinha buenas y militares razones para pasar revista a este ejército de bordados, collarines y pañuelos de cuello. Éste es un defecto del viajero: quiere que lo bueno tenga más de lo que ya tiene. Que le perdonen los *pauliteiros*.

En Sendim, dan horas de comer. Qué será, dónde será. Alguien dice al viajero: «Siga por esa calle. Luego hay una placita, y en la placita está el Restaurante Gabriela. Pregunte por la señora Alicia». Al viajero le gusta esta familiaridad. La mocita de las mesas dice que la señora Alicia está en la cocina. El viajero acecha por la puerta, hay grandes olores de comida en los aires que respira, un caldero de verduras hierve al lado, y, al otro de la gran mesa de en medio, la señora Alicia le pregunta al viajero qué quiere comer. El viajero está habituado a que le lleven la carta, habituado a elegir con desconfianza, y ahora tiene que preguntar, y entonces la señora Alicia propone Posta de vitela á Mirandesa. Dice el viajero que sí, va a sentarse a su mesa, y para ir haciendo boca le traen una suculenta sopa de verduras, el vino y el pan. ¿Qué será la posta de vitela? ¿Por qué posta? Una posta siempre fue para él un tronco de pescado. ¿En qué país estoy?, pregunta el viajero al vaso de vino, que no responde y, benévolo, se deja beber. No hay mucho tiempo para preguntas. La tajada de ternera, gigantesca, viene nadando en una vinagreta, y para que quepa en el plato hubo que cortarla, y así no queda goteando en el mantel. El viajero cree estar soñando. Carne blanda que el cuchillo corta sin esfuerzo, tratada en su justo punto, y esa salsa de vinagre que hace sudar

a las mejillas y ésta es cabal demostración de que hay felicidad en el cuerpo. El viajero está comiendo en Portugal, tiene los ojos llenos de paisajes pasados y futuros mientras oye a la señora Alicia gritando en la cocina y la mocita de las mesas se ríe y agita las trenzas.